

De la Cruz a la luz

Estimados Amigos y Lectores:

Hace un año, al encabezar este apartado use el mismo título. No es la falta de otro, lo que ha motivado a repetirlo. Hace muchos años que un fraile dominico, gran amigo, me dijo: «quiero que mi epitafio sea “Quiso ser luz y no Cruz”» pocos minutos después moría repentinamente con gran paz. Me impresionó esa «premonición» de su partida. ¿Fue quizá por casualidad que su muerte fuera el día de la Exaltación de la Santa Cruz?

En la revista de este mes queremos dar a conocer al figura de una buena «Amiga de Fray Martín», que a buen seguro le pidió, en más de una ocasión fuera su ayuda para soportar la cruz de su enfermedad, y que fuera su fortaleza para abrazar la Luz que no conoce el ocaso de Cristo.

Dedicamos un amplio artículo a la figura de Rebeca Rocamora, que supo abrazar la cruz y sacar fuerzas de flaqueza y ser luz para cuantos la rodeaban. Su pronta muerte no apagó esa Luz que llevaba dentro y que irradió a cuantos se cruzaron en su vida. Obispos, sacerdotes, hombres y mujeres de toda condición, los niños de la catequesis a la que consagró sus últimos días, y donde derramó los no pocos frutos que recibió por su oración, sacrificio y aceptación de la voluntad de Dios. Amiga y devota de Fray Martín, murió santamente, dejando en todos un recuerdo de paz,

amor y entrega total a las manos de Señor.

Recientemente, a petición de no pocas personas que la conocieron se ha abierto, bajo la presidencia del Obispo de Orihuela-Alicante, el Proceso Diocesano de Canonización. Con sumo agrado damos a conocer aquí su vida y el deseo de todos de que pronto podamos contar con la intercesión de Rebeca en el Cielo.

Quiera Dios que una «Amiga de Fray Martín» nos ayude junto con nuestro Santo a llevar la Cruz y caminar alegres hacia la LUZ.

FRAY LUIS MIGUEL GARCÍA PALACIOS, O. P.
Director de «Amigos de Fray Martín»

edad. Cursa sus estudios primarios en el Colegio Público San Pedro Apóstol de su pueblo natal. Desde pequeña es voluntariosa, vitalista, jovial y con un lugar preferente en su corazón para los necesitados de cualquier índole. Le encanta divertirse y jugar con sus hermanas, amigos o familiares, siendo siempre el alma de innumerables *fiestas caseras*, que organiza con mucha habilidad e ingenio. Destaca especialmente la celebración de la Nochebuena, que vive de forma muy particular e intensa.

A los 8 años de edad, el día 3 de junio de 1984, hace su Primera Comunión. Su párroco, evidenciando el gozo que desprende al recibir a Jesús, le manifiesta: *Rebeca, no pierdas nunca esa sonrisa*; algo que cumplirá con total fidelidad aún en las circunstancias más extremas y dolorosas. Será precisamente a partir de este momento cuando el Señor comience a moldear su alma a la sombra de la Cruz por medio de la enfermedad, y Rebeca, desde su inocencia, a responder con generosidad en todo cuanto Dios le presente. Ella misma escribirá en su libro de catequesis: *Acepta con agrado la llamada del Señor sin temor a lo que te pueda pedir y la siguiente promesa a Jesús: Ser fiel a sus mandamientos y cumplirlos, dando así testimonio de fe y amor.*

En marzo de 1985, en la visita a un santuario mariano, aparecen los primeros síntomas de su enfermedad. Desde este momento la Virgen María va a estar muy presente en la vida de Rebeca. Le diagnostican *diabetes insípida e idiopática*, sufre frecuentes dolores de cabeza y la parálisis parcial

de un ojo. Después de varios meses de visitas médicas, le detectan un gravísimo tumor terminal en la hipófisis. El 9 de mayo de 1986 es ingresada de urgencia en la Clínica madrileña Puerta de Hierro. Allí tendrá la dicha de conocer al Padre Lope Nuño Gallas; ejemplar sacerdote que será un fundamental apoyo espiritual y del que aprenderá a ver la ternura de Dios en cada persona, momento o circunstancia. Con él compartirá también sencillas vivencias que le ayudarán a aumentar su amor a la Virgen y el abandono filial. Durante su hospitalización (con tan sólo 10 años) a pesar del tratamiento y las duras pruebas que tiene que padecer, vive totalmente olvidada de sí, preocupada únicamente por los demás y practicando, de forma poco común, la caridad y el sacrificio. Hace olvidar los problemas a su familia (principalmente a su madre, que pasa junto a ella todo el proceso de la enfermedad) y siembra constantemente en los niños enfermos, sus familiares y el personal sanitario, alegría, paz y esperanza.

Verano de 1986: curada de manera extraordinaria. A fina-



les de junio cesa la parálisis de su ojo, la cual es atribuida a la mediación de Santa Gema Gagliani. Este hecho hará que profese hacia esta santa una devoción particular, que le ayudará a vivir asociada a la Pasión de Jesús y a saberse amada por Dios en su propia cruz. En julio desaparece también su tumor tras pedirle la intercesión a la Stma. Virgen, que motivará su anhelo de ser catequista de los más pequeños. A raíz del tratamiento utilizado en su enfermedad, su salud quedará algo frágil y durante toda su vida deberá viajar cada seis meses a Madrid para ser revisada por los médicos. Prosigue su vida cotidiana y sus estudios con absoluta normalidad, sin demostrar en ningún momento su situación de enferma, ni siquiera en medio de su entorno más cercano. Es en esta etapa cuando empieza a sufrir las consecuencias purificadoras de la enfermedad y las incomprendimientos de algunas personas en el más sorprendente silencio y siempre con la sonrisa en los labios.

El 2 de junio de 1990 (víspera de la Solemnidad de Pentecostés), recibe la Confirmación a la edad de 14 años. Este sacramento marcará en su interior un momento determinante que le hará comprometerse y entregarse plenamente en su vida parroquial y de creyente. En octubre de ese mismo año comienza a dar catequesis de Precomunión a los niños, cultivando la semilla de la fe e inculcándoles fundamentalmente el amor a Dios y al prójimo, más con su testimonio que con sus palabras. Se podría decir que fue su verdadera vocación, pues nunca abandonó esta tarea por muy mal que se encontrase, cum-

pliéndola hasta su muerte. También forma parte durante algunos años del *Neocatecumenado Parroquial* de su pueblo, donde es elegida responsable del grupo de jóvenes. El hecho de pertenecer a este movimiento diocesano le ayudó en su vida de fe y en la meditación de la Palabra de Dios para llevarla después a la práctica. En la parroquia su presencia era siempre discreta. Destacaba principalmente su espíritu de servicio y disponibilidad.

Rebeca llegó a la adolescencia sin perder ninguno de los buenos hábitos que había adquirido en la infancia; al contrario, se definieron más plenamente. Ella procuraba amar y Dios se iba adivinando en sus gestos. Fue una joven como cualquier otra, pero lo que quizá la diferenciaba del resto era su fondo virtuoso y su docilidad a la vida de la gracia. Tenía, además, un talento natural para las manualidades y en los estudios, a pesar de los obstáculos que se le presentarían, logró sacar el título de Técnico de Auxiliar Administrativo.

A principios del año 1995, aunque en las revisiones médicas no encuentran nada, se le presenta un progresivo malestar. En febrero de 1996 sufre una parálisis facial y el 4 de marzo es hospitalizada nuevamente en la Clínica Puerta de Hierro. Se le paralizará también medio cuerpo y los médicos le diagnostican un aparente y gravísimo nuevo tumor, manifestando a su familia que le quedan pocos días de vida. Allí mismo, Rebeca pide que su párroco le lleve el *Lignum Crucis* que se venera en su pueblo.

Desahuciada en lo humano, es principalmente a su vuelta a casa y en el crisol puri-

ficador de su última enfermedad, cuando aflora con sencillez todo lo que había vivido tan escondidamente, pero como de forma transfigurada, madurando a pasos agigantados en su relación con Dios. Destaca especialmente la preocupación constante porque nadie sufra a su alrededor, siendo ella misma quien anima y da paz a sus familiares y a cuantos la visitan sin perder su hermosa sonrisa; dando testimonio, a la vez, de una fe inquebrantable y plena adhesión a la voluntad divina, a pesar de los desconocidos designios sobre ella, respondiendo a quienes le insistían en pedir la salud: *Si es que el Señor ya sabe que, si conviene, me la tiene que dar... Yo le pido que me aumente la fe.*

El 28 de abril recibe la visita del Obispo Emérito Diocesano Mons. Pablo Barrachina y Estevan, a quien confía que se va al cielo y que desde allí velará por cuantos ama. Los pilares en que se apoyó la fe de esta joven durante sus últimos días fueron la Eucaristía, la Virgen María, el Sagrado Corazón de Jesús y la Santa Cruz, que le ayudaron a hacer de su vida y enfermedad una bella ofrenda, muriendo el domingo 26 de mayo de 1996 (Solemnidad de Pentecostés) a la edad de 20 años.

A su funeral acuden cientos de personas: es un acontecimiento multitudinario. Rebeca, con su vivencia sencilla y escondida, deja una estela luminosa de virtud y de fama de santidad que trasciende con fuerza desde el mismo instante de su muerte y que todavía hoy, de forma espontánea y particular, va ca-

lando y suscitando una respuesta en quienes oyen hablar de ella. Lo verifican los testimonios que desde entonces piden que su vida sea divulgada y la introducción de su causa de canonización; así como quienes atribuyen a su intercesión algunos favores obtenidos de Dios. En un mundo marcado por el pasotismo y la indiferencia, su ejemplo de amor desinteresado en lo que aparenta ser insignificante, su alegría en las grandes dificultades de la vida y la visión de cuanto le sucede desde la óptica divina, se hacen cercanos a cualquier persona, especialmente a los jóvenes. Para todos, **Rebeca sigue siendo una pequeña orientación iluminadora, un empuje, un aliento y un impulso a desear alcanzar el alto grado de la vida cristiana en la cotidianidad del día a día.**

(Continuará...)



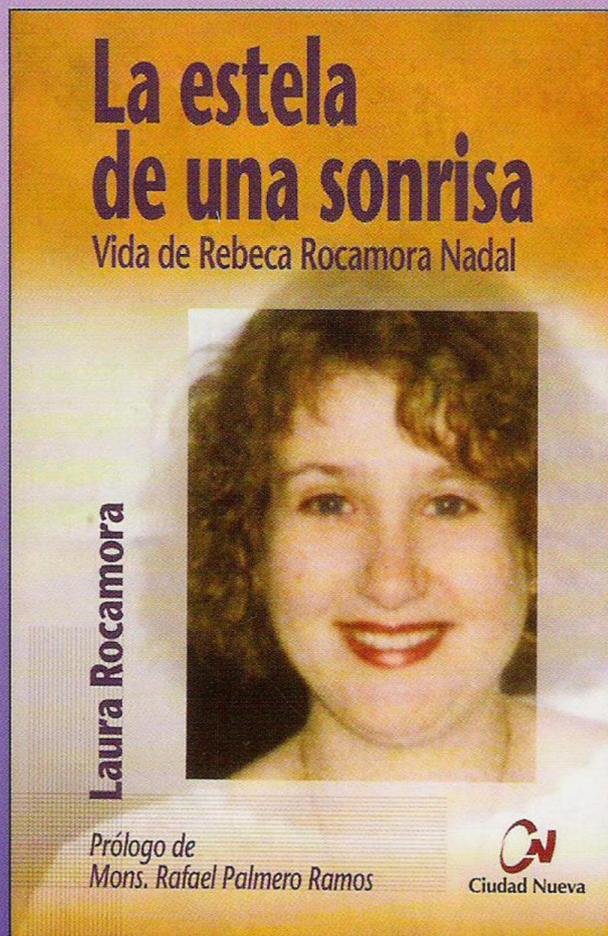
LA ESTELA DE UNA SONRISA

Vida de Rebeca Rocamora Nadal

Afirman quienes conocieron a Rebeca que la huella que dejaba al pasar era la de su sonrisa... ¡Natural en una muchacha llena de ilusiones que vivía su fe entregada plenamente a la parroquia como catequista!

Sin embargo, llama la atención que esta misma chica haya contagiado su alegría mientras crecía a la sombra de la cruz y, abrazándose al designio de Dios en la enfermedad, haya muerto dejando un testimonio de vida lleno de amor, con tan sólo 20 años.

La estela de una sonrisa es la primera biografía sobre Rebeca Rocamora Nadal que se presenta. En ella late su corazón. La autora, una de sus hermanas, con lenguaje sencillo y transparente, a través de sus recuerdos y vivencias familiares, va conduciendo sin esfuerzo al lector hasta la culminación de la obra de Dios en esta joven, que tanto puede decir hoy a quienes necesitamos modelos cercanos para emprender el camino de la santidad.



PÍDALO HOY MISMO, EN SU LIBRERÍA HABITUAL O EN LA SIGUIENTE DIRECCIÓN:

«CAUSA DE CANONIZACIÓN REBECA ROCAMORA»

PARROQUIA DE SAN PEDRO APÓSTOL

Plaza Iglesia, s/n - 03348 Granja de Rocamora (Alicante-España)

www.rebecarocamora.es